

A M.....

¡Detenerme? ¡Cesar? ¡Vana congoja!
La cabeza no manda al corazón.
Prohíbe al aquilón que alee la hoja,
no á la hoja que ceda al aquilón!

Cuando el torrente por los campos halla
de pronto un dique que le dice: atrás,
podrá saltar ó desquiciar la valla,
pero pararse ó recular. . . . jamás!

¿Por qué te adoro y á tus piés me arrastro?
¿Por qué se obstinan en volverse así
la aguja al norte, el heliotropo al astro,
la llama al cielo y mi esperanza á tí?

RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

LA LUCHA EN EL BOSQUE.

A FLORENCIO SUZARTE.

—“Ven, ven, no temas. De la selva umbría
Conozco los secretos, hija mía.
Ya no vuelvas tu vista á la morada
De esa gente altanera,
Que es más fácil que mires apiadada
La tigre carnícera
Que busca de sus hijos el sustento,
Y no que el blanco escuche enternecido
El angustiado acento
Del negro desgraciado.—Dá al olvido
Nuestra pena de ayer, alza la frente,
Mis cadenas he roto cual los bravos,
Mis cadenas, pues sabe aqueña gente
Hablar de libertad y hacer esclavos.”
Con voz ronca así dice el africano,
Mientras estrecha su convulsa mano

La de su tierna hija, que llorosa
 Sus palabras oía;
 Y hacía el llano furtiva y temerosa
 Mirada dirigía.
 Antes de entrar en el espeso monte
 El negro dice con secreto agravio,
 Mirando al horizonte:
 —“Maldición para tí no hay en mi labio
 Por más que el odio tu conducta inspire,
 Ya te dejó, Brasil, tierra de espinas,
 Pronto seré feliz, en cuanto mire
 Los ombús de las Pampas Argentinas.”
 Entró en el bosque con seguro paso,
 El sol desaparecía en el ocaso,
 Mientras la luna su cendal de plata
 En los blandos cristales
 Del Curitiba con amor desata.
 Las brisas tropicales
 Del bosque llevan el salvaje aroma;
 Se oye al tigre rugir en lontananza,
 Reanuda la paloma
 Su interrumpido sueño de esperanza,
 Y se escuchan los lánguidos rumores
 Conque en las noches el espacio puebla
 El bosque, suspirando sus amores
 Entre el aliento de la tibia niebla.
 Errante cual la arista, cual la pluma,
 Como el ligero copo de la espuma
 Que el huracán arrastra enfurecido,
 Así desconsolados,
 Entre breñas y el rumbo ya perdido,
 Caminan fatigados
 El anciano y la niña. De repente
 Escuchan el rugido pavoroso
 De algún tigre inclemente
 Que sus huellas ha hallado y sigue ansioso,
 Y la sangre se hiela del anciano;
 La virgen se detiene involuntaria,

Que cada vez se escucha más cercano
 El rugir de la bestia sanguinaria.
 —“Esquivar á la fiera no podemos,
 Es preciso luchar, pues bien, luchemos;
 No tiembles, hija mía,
 Que mis manos esgrimen el cuchillo
 Y aun tengo sangre fría.
 Y no es la vez primera en que yo humillo,
 En la lucha del tigre, la bravura.”
 —Déjame y huye, padre,” ella le dice
 Con ansiosa ternura.
 —“No prosigas, por Dios, calla infelice;
 Si tu arranque filial, hija adorable,
 Por mí tu vida en holocausto diera;
 Yo, con mi amor de padre inmensurable,
 ¡Cuántas veces por tí no la perdiera!”.....
 Ambos sintieron agitarse el alma
 Mirando al pie de corpulenta palma
 Tigre feroz con la cabeza erguida,
 La ancha fauce abierta,
 Y ondulante la cauda, que mecida
 El flanco azota incierta,
 Y contra el tronco de la palma, añoso,
 Flexible el lomo en ondas encorvando
 Se roza voluptuoso,
 Debil maullido en intervalos dando;
 Se detiene por fin y se echa luego,
 Mirando á su contrario indiferente,
 Ya de sus ojos apagando el fuego,
 Ya haciéndolo brillar incandescente.
 —“La muerte es preferible, hija adorada,
 A aquesta incertidumbre prolongada,
 Implacable la fiera nos espía,
 Huir es imposible.....
 Suéltame el brazo ya y en Dios confía,
 Que en la lucha terrible
 El juvenil vigor vuelva á mi mano.”
 Y empuñando el acero, valeroso

Al tigre va el anciano,
 Corta una rama, llega cauteloso
 Enarca el cuerpo y alza la cabeza,
 Provoca al tigre, á combatir lo apura,
 Bufa la fiera, ruge con fiereza
 Y se estremece el bosque de pavora.
 El corazón del negro no se aterra;
 El tigre rasca con furor la tierra;
 Se levanta, de nuevo provocado,
 Se sacude violento,
 Los músculos recoge exasperado,
 Tomar parece aliento,
 Calcula con la vista la distancia;
 El negro se detiene, mira, escucha
 Y con noble arrogancia
 Está aguardando la terrible lucha.
 La niña, orando, póstrase de hinojo,
 El padre desafía, el tigre ruge,
 El salto dá con indecible arrojo,
 Y ruedan hombre y fiera al rudo empuje.
 Con nuevo ardor el negro se levanta;
 Larga herida presenta en su garganta;
 Rabioso el tigre arrástrase en el suelo
 Que del negro el cuchillo,
 Buscando el corazón, le hirió el brazuelo.
 Con sanguinoso brillo
 Lucen los ojos de la bestia herida;
 Con sus rugidos el espacio llena;
 Se vuelve enfurecida,
 La espera el negro en actitud serena;
 Y así, cual la avalancha irresistible
 Cuanto á su paso encuentra va arrastrando,
 El tigre vuelve á combatir terrible,
 Y juntos hombre y fiera van rodando.
 El pecho tiene el negro desgarrado,
 La fiera otro brazuelo destrozado;
 Y no cejan un punto en su porfía;
 Frenéticos combaten;

La rabia, la venganza y la osadía
 Dentro sus pechos laten.
 Con su peso la fiera ya sofoca
 Al negro, que sus armas ha perdido,
 Y con audacia loca
 Detiene al tigre por el cuello asido;
 Y la fiera le abrasa con su aliento,
 Con su sangrienta espuma ya le baña,
 Y mayor es del negro el ardimiento
 Cuanto mayor de su rival la zafia.
 El furor de la bestia crece y crece,
 El indefenso negro desfallece:
 Su ronco respirar se escucha apenas,
 Lanza un gemido ahogado
 Y débil se debate entre la arena.
 En tanto, despiadado,
 Abriendo la ancha fauce, se prepara
 A devorarle el tigre carnicero.....
 La niña lo repara:
 Con heroico valor toma el acero.
 —“Huye! suspira el padre, hija querida”.....
 Ella vibra el cuchillo, airada hiere,
 Y en su rabia la bestia ya vencida
 Se revuelca en su sangre y ruge y muere.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

A SALVADOR DIAZ MIRON.

Tienes en tu laúd cuerdas de oro
 Que el soplo del espíritu estremece,
 Y tu genio, como alto sicomoro,
 Entre borrascas y huracanes crece.
 No te brinda la musa sus favores
 Entre mirtos y rojas amapolas:
 Cuando quieres gozar de sus amores,
 La acechas, la sorprendes y la violas.
 Tu verso no es el sonrosado efebo
 Que en la caliente alcoba se afemina:
 Vigoroso como Hércules mancebo,
 Acomete, conquista y extermina.
 El mar es como tú: con su ruido
 De tus estrofas la cadencia iguala;
 Refleja el cielo cuando está dormido,
 Y en sus momentos de furor, lo escala.

JOSE MONROY.**INFIDELIDAD.**

A SALVADOR DIAZ MIRON.

Dicen que un fiel amigo á su maestro
 Por tres veces negó,
 Y que allá en el peligro, siendo diestro,
 Negando se salvó.
 Yo, pescador del bien iré, contigo,
 Tu huella seguiré,
 Y en medio de la luz como un amigo
 Jamás te negaré.

ANTONIO ZARAGOZA.

RIMAS.

Mientras la lumbre ardiente
Dura en el incensario, el humo denso
Del perfumado incienso
Se levanta á la altura lentamente.

Pero si al fin el fuego se consume,
Al punto mismo extingüese el perfume.

Mientras amor al corazón enciende,
La poesía, aroma de idealismo,
En purísimas nubes se desprende;
Llegando al cielo mismo.

Mas cuando el fuego del amor se agota
El aroma del alma ya no brota.

Encadenado á la aflicción me veo,
Me són la dicha y la ilusión extrañas:
El dolor, como el buitre á Prometéo,
Me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida,
Sufriendo mi horroroso desencanto;
Tengo el alma de lágrimas henchida
Y no me queda ni el placer del llanto.
Yo sé hasta donde la desdicha alcanza;
He caído del cielo en un instante;
Yo sé cómo se pierde la esperanza;
Yo vengo del infierno, como el Dante.

¡Tan bella, tan amada,
Y sujeta del mundo á los rigores!
¡Pobre azucena mía, marchitada
Por el rudo huracán de los dolores!
Te ví llena de júbilo, hechicera
Con tu gracia infinita;
Pronto pasó tu hermosa primavera,
Llegó el invierno y te dejó marchita.

Si vieras cuantas lágrimas me arranca,
En mi hondo desconsuelo,
Ver á mi pobre flor, mi flor tan blanca,
Rodando deshojada por el suelo!

JUAN DE DIOS PEZA.

HEROISMO MEXICANO.

A MI AMIGO

EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas
 En Querétaro han vencido;
 Presos con Maximiliano
 Fueron soldados y adictos,
 En la guerra sin fortuna
 Y en el infortunio altivos.
 El vástago de cien reyes
 Perdió con pompas y títulos
 La cabeza y la corona,
 Que ante el honor són lo mismo.
 Han los antiguos conventos
 En prisiones convertido,

Y jefes y subalternos
 Ni tristes ni pensativos
 El fin de su causa esperan
 Con los ánimos tranquilos.
 Queda entre los generales
 Uno anciano y aguerrido,
 De la bandera triunfante,
 Duro y tenaz enemigo,
 Arrojado en la campaña,
 Inteligente, instruido,
 Incansable conspirando,
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
 Le han su sentencia leído,
 Y despues de que la escucha
 No queda turbado y lívido,
 Sino que amable y sereno,
 De su triste fin convicto,
 Llama al jefe que custodia
 La prisión do está cautivo *
 Y con voz firme le dice:
 —Coronel, yo necesito
 Mi conciencia y mis negocios
 De prisa arreglar hoy mismo;
 Podeis para tal objeto
 Llamar aquí, y os lo pido,

* El ex-convento de Capuchinas, en Querétaro.

Un abogado y un cura
Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven
De antecedentes muy limpios;
Tan bravo como arrogante,
Tan discreto como altivo,
Vástago de ilustre jefe
En ruda campaña herido;
Lo conoció el prisionero
Años atrás, siendo niño,
Y allí, su acento escuchando
En aquel instante crítico
Fija sereno sus ojos
En el general cautivo,
Y de esta suerte responde:

—“Sin ser de vuestro partido,
Os conozco y os respeto.
Por pundonoroso y digno.
Yo venero en todas partes
A los soldados antiguos,
Y si són de vuestro temple,
En su palabra confío.
Sabeis que os han sentenciado
A muerte; lo habeis oído,
Y necesitais dos hombres
Para dejar todo listo.
No seré yo quien los llame:
Id á buscarlos vos mismo,
Y volved, que aquí os espero;

Libre estais, yo lo permito.”
Quedó el prisionero atónito,
Y de sus ojos el brillo
Aumentóse con dos lágrimas
Brotadas de lo más íntimo.
Salió despues, con asombro
De centinelas y esbirros,
Y cuantos salir le vieron
Murmuraron del permiso.
Pasáronse muchas horas,
Horas largas como siglos,
Y por fin con voz sonora
El campanario vecino
Anunció la media noche:
—“Ya no vuelve,” alguno dijo,
Y el coronel respondió:
“Volverá, que yo lo fío,
Y si no vuelve yo quedo
En su lugar, y es lo mismo.”
A poco suenan tres golpes,
Tras ellos resuena el grito
Del “quien vive?” al que contestan:
“Yo, Severo del Castillo.”
Era el jefe prisionero
Que, siempre valiente y digno,
Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo.
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,

Y retiróse á su celda
 Ni consternado ni tímido.
 ¿Cual de los dos es más grande?
 ¿Cual de los dos? no lo digo;
 Dígalo aquel que conozca,
 Que rasgos como el que pinto
 Puede envidiarlos Esparta
 Y otro Homero describirlos.
 Vive el que joven entonces
 Dió al prisionero permiso:
 Aún le sirve á la bandera
 A que Juárez le dió brillo,
 Y como entonces mantiene
 Su modesto nombre limpio:
 El general Carlos Fuero,
 Honrado, valiente y digno.
 No me culpeis si viviendo
 Tan altos hechos publico:
 Es por gloria de esta tierra
 Que adoro amante y rendido;
 Es por gloria de las armas
 Que á la libertad dán brillo,
 Y es por honrar á los muertos,
 Enaltecendo á los vivos.

FRANCISCO DE CASTRO.

JUNTO AL RIO.

**

Pálidas brumas que tendéis flotantes,
 Blanco crespón en su gentil ribera,
 Auras sonoras del Abril florido,
 Tardes serenas;

Aves que alegres entonais canciones,
 Nidos formando en la apacible selva,
 Zéfiros suaves que pasáis gimiendo,
 Brisas ligeras;

Suaves tendiendo vuestras leves alas
 Sobre las ondas de su linfa tersa,
 Dadle mi amor, y mis suspiros dadle,
 Dadle mis quejas!

.....
 Río, cuyas aguas cristalinas fueron
 Mudos testigos de mi edad primera,
 ¡Cuántos recuerdos al mirarte, en mi alma
 Triste despiertas!

Tú suavemente murmurando corres
 Lechos cruzando de apacible arena,
 Y hay en tus ondas de cristal y espuma
 Lánguidas quejas.

Juncos erguidos de flexible caña
 Cubren tu borde y tu corriente cercan,
 Y auras errantes con tus ondas puras
 Plácidas juegan.

¡Oh, cuántas veces á la fresca orilla
 Que las espumas de tu linfa besan
 Vino mi madre á contemplar tus ondas,
 Viéndose en ellas!

Cuántas tambien bajo las verdes palmas
 Que presurosa tu corriente riega,
 Vino, mezclando con tu arrullo suave
 Débiles quejas!

Y hoy que doliente y murmurando corres
 Lejos, muy lejos de su imagen bella,
 Dime..... ¿con tierno y sosegado arrullo
 Lloras su ausencia?

Río cuyas ondas contemplar pudieron
 Cándido el rostro de mi madre tierna,
 Ya que hoy no puedes retratar su imagen,
 Háblame de ella.

1879.

VICENTE DANIEL LLORENTE.

A.....

Al despedirse la Primavera,
 Tambien tu labio me dijo adiós:
 Nunca más triste cayó el invierno
 Sobre el sepulcro del corazón.

* * *

Hoy, olvidando muertos desvíos,
 Nuestras dos almas vuélvense á hablar;
 Tendrás, oh niña, versos y flores,
 Pero el cariño de ayer.....¡jamás!

A AGUSTIN F. CUENCA.

(HOMENAJE.)

La lira mexicana
 Tuvo, en tu eterna ausencia, un triste acento.
 ¡Bardo de musa fácil y galana!
 ¡Tribuno popular de gran aliento!
 ¡Obrero de la fe republicana!
 Aún el mismo rencor..... rencor abierto
 En instantes de lucha, ante tu fosa,
 Al saludar la magestad del muerto,
 Vertió una frase justa y cariñosa.
 Ay! todos te han sentido;
 Y como Acuña, el de inmortal memoria!
 Se salvó del infierno del olvido,
 Tú también te salvaste; que ha crecido
 En tu sepulcro el lauro de la gloria.

¡Oh, poeta sonoro
 De rico plectro y de lenguaje de oro!
 ¡Trovero de las noches misteriosas
 Coronadas de estrellas!

Dulces eran tus cántigas..... hermosas
 Como sueños de amor..... así de bellas!
 De ardiente inspiración un oceano
 En tu cerebro poderoso hervía.....
 ¡Quién no admiró lo espléndido y galano
 De tu numen, raudal de poesía,
 Brillante como el sol americano?
 ¡Y quién, osado, medirá tu vuelo,
 Aunque las alas de sus sueños abra?
 ¡Quién hará lo que al fin logró tu anhelo?
 ¡Robar la luz crepuscular al cielo
 Para vestir con ella la palabra!

¿Qué vale mi cantar? No necesitas
 Que mi laud sombrío
 De tristes notas y perennes cuitas,
 Te rinda su homenaje, hermano mío!
 Tu fama está más alta que los Andes.
 (No de mezquino adulator me tildes;)
 Justo es que un premio al porvenir demandes,
 Tú, que fuiste soberbio con los grandes,
 Y todo corazón con los humildes.

LUIS G. RUBIN.

HISTORIA DE AMOR.

I

Mira, madre, cuán hermosa
Es la noche silenciosa;
Todo es calma en derredor.
Hoy me parecen más bellas
En el cielo las estrellas,
La luna con su fulgor.

.....
¡Que sentidas, dulces quejas!
Sin duda al pie de mis rejas
Está el nocturno cantor.....
¿Oyes? su labio me nombra!
Y que lo sepa me asombra:
¡Ay, madre!.....turbada estoy.

—¡Ilusión, locura vana!
No abras, niña, tu ventana;
No la abras, hija, por Dios:
Que esas notas gemidoras,
Al llegar aquí traidoras,
Són veneno matador.

II

Goze mucho, y.....tengo miedo;
Pero, madre, yo no puedo
Huir su fascinación.
Es dulce este que derramo
Tierno llanto, porque le amo
Con todo mi corazón!

—¡Ay! hija, te lo decía;
Ya no hay remedio, hija mía,
Este bien me lo sé yo.
Ya que perdiste la calma,
Dios quiera no llegue tu alma
A desgarrar el dolor.

III

¡Madre! que horrible mudanza!
Ya no me queda esperanza;
¡Muertas honra y dicha están!
Me condenó al abandono;
Más aún le amo.....le perdono,
Y.....¡no le puedo olvidar!

—¡Ah! no són las dichas largas!
Ven.....tus lágrimas amargas
Sobre mi seno caerán,
Aunque el dolor me taladre;
Ven, hija, yo soy tu madre,
Y no te he de abandonar.

II

“—¿Se concluy6?” pregunta. “Está en el río,”
Contestan los verdugos, que enjugando
Están el hierro, y con furor impío
La roja sangre alevos contemplando.
“¡Lástima de doncel! ¡belleza y brío!”
Murmura Margarita, y suspirando,
Vuelve del Louvre á su brillante estancia
La altiva reina de Borgoña y Francia.

La aurora apenas el lejano Oriente
Con sus tintas de rosa iluminaba,
Y á orillas de la plácida corriente
El cuerpo de un soldado se miraba.
Una mujer, tan bella cual doliente,
Sobre el cadáver misera lloraba;
Era Blanca Ménier; su labio yerto
La muerte implora por seguir á Heberto.

MANUEL CABALLERO.**MAXIMILIANO.**

Estirpe régia, corazón gigante,
Noble y gentil, gallarda la apostura,
Franco el mirar en que el honor fulgura,
Caballero sin tacha, esposo amante.

Glorioso y atrevido navegante,
Alma sin miedo y cual valiente, pura,
Grande en la adversidad trágica y dura,
Y artista y rey y soñador constante.

De tu destino ante el horrible arcano,
Ante el sepulcro de tu breve gloria,
Pregunto al ver tu destrozado pecho,
—¿Qué hay más grande que tú Maximiliano?
Y serena respóndeme la historia:
“*La libertad de un pueblo y el derecho.*”

New York, Mayo de 1883.

MANUEL PUGA Y ACAL.**LAS GOLONDRINAS.**

Acércase el invierno:
Las selvas silenciosas
Sus hojas abandonan
Al rápido Aquilón:
Se ván las libelulas,
Se ván las mariposas
Y triste en la enramada
Se calla el ruiseñor.

Y dejando sus nidos
Allá sobre el alero,
Las pardas golondrinas
Se empiezan á reunir.
—Adiós, dicen piando,
El año venidero
Retornaremos todas,
Más hoy, fuerza es partir,

—Mi viaje no es muy largo:
 En la risueña Niza
 Un nido en un tejado
 Me ofrece su quietud,
 El prado es siempre verde,
 Suavísima la brisa,
 Azul es siempre el cielo,
 El mar siempre es azul.

—A la riente Atenas
 Yo voy, murmura aquella,
 ¡Cuán bello es de su cielo
 El diáfano color!
 ¡Que dulce es aquel clima!
 ¡Que bien se vive en ella,
 En las musgosas ruinas
 Del viejo Parthenón!

—Yo habito allá en Esmirna:
 Mi nido está colgado
 En el rincón oscuro
 Del techo de un café,
 Y á verme, año tras año,
 El turco acostumbrado,
 Conserva la morada
 Do tengo que volver.

—Mis señas son: el Cairo,
 Palacio del Kedive,

En alto minarete
 Está mi habitación,
 Que los primeros rayos
 Del rojo sol recibe:
 ¡Cuan bello en el desierto
 Se ve nacer el sol!

—El mismo es mi camino,
 Alegre otra responde:
 Al caluroso Egipto
 Este año volveré;
 En Tébas tengo un nido,
 Un nido que se esconde
 En la tumba que guarda
 La momia de Ramsés!

—Yo voy hácia Palermo!
 —Que bien se vive en Rodas,
 De un viejo rey de piedra
 Debajo el pedestal!
 —Yo á Chipre.—Yo á Calcuta!
 —Adiós! murmuran todas,
 El próximo verano,
 Aquí nos hallará!

Y vuelan, y trinando,
 Felices y contentas,
 Se alejan por el viento,
 Y rápidas se ván;

Así, de ébano negro
Las desprendidas cuentas
Se esparcen y desgranán,
Rompiéndose un collar.

Romped, romped el lazo
Que al mundo me encadena,
Y, de la blanca luna
A la argentada luz,
Cruzando con las aves
La atmósfera serena,
Llevadme suspendido
Sobre la mar azul!

¡Oh raudos torbellinos!
Llevadme en vuestra bruma
Por el ignoto espacio
Que el hombre no cruzó;
Bajo mis pies se agiten,
Como una mar de espuma,
Las nubes que reflejan
La luz del alma sol!

Dejadme en esos campos
Que fecundó Peneo,
En cuya fresca orilla
Se trasformó Dafné,
Allí do resonaron
Los cánticos de Orfeo

Y que engalana Céres
Con la dorada miés.

Allí todo es tranquilo,
Y guarda la natura
Recuerdos de otros tiempos;
Homero cantó allí;
Morada de los dioses,
Asilo de ventura,
Do sólo Prometeo,
El sólo era infeliz!

Jully, Setiembre de 1878.

EDUARDO L. GALLO.

EN UN ALBUM.

Mañana cuando el cielo de tu vida
 Esté alumbrando el sol de tu ventura,
 No olvides mi cariño y mi ternura,
 Como jamás la tuya olvido yo.
 ¡Es tan dulce un recuerdo! y es tan grato
 Encontrar en la vida quien nos quiera,
 Que al ver una sonrisa placentera
 Un consuelo en el alma se sintió.

Guarda mi pobre flor entre las ramas
 De esta tu bella y mágica corona;
 No su perfume, su lealtad la abona,
 Y digna la hace de tu puro altar.
 Es el olvido el cierzo que destroza
 Las flores de la vida: yo te ruego
 Que en medio de tu calma y tu sosiego
 Las mías conserves en mejor lugar.

México, Setiembre de 1877.

ANTONIO PLAZA.

HORAS NEGRAS.

Huyó la dulce sonrisa,
 Nació el sarcasmo sangriento.....

J. E.

Coplero á quien inspira el desencanto,
 Trovador sin futuro y sin amores,
 Sobre la tumba de mis sueños canto
 Al colocar mi búcaro de flores.

Odia el mundo mi canto descreído,
 El estigma social tizó mi frente. . . .
 Cárabo del dolor, cada gemido
 Me concita el sarcasmo de la gente.

Sin luz el alma la ilusión desdeña,
 El pesar no la irrita ni la abate,
 Y ni la frente envejecida sueña,
 Y ni el leproso corazón me late.

Repugna á todos mi fatal delirio,
Repelen todos mi sufrir eterno,
Que brilla en mi aureola de martirio
La fatídica flama del infierno.

Devorado por negra pesadumbre
Lanzo en vez de sollozos careajadas,
Porque de infame crápula en la lumbre
Arrojé mis creencias adoradas.

En aras de la fe, vertí mi llanto;
Perdida ya la fe, busqué la orgía,
Pero el vicio acreció mi desencanto,
Y el vicio, la virtud, todo me hastía.

A mi gastado corazón de lodo
Nada, en fin, es capaz de conmoerlo,
Y perezoso, indiferente á todo,
No puedo ser feliz, ni quiero serlo.

Mi vida ha sido decepción horrible,
El mundo sin piedad ha envenenado
Mi corazón que un tiempo tan sensible,
No sufre al encontrar un desgraciado.

Y si me duelo del dolor ageno
Mi risa burla ese dolor profundo;
Que si á mi corazón queda algo bueno
Me dá vergüenza que lo sepa el mundo.

Cuando la pena torturó mi vida,
La cruda pena la insulté yo mismo,
Porque soberbio disfracé la herida
Con el torpe descaro del cinismo.

En el albor de juventud sensible
Amaba todo, porque fui creyente:
Yo deliré buscando lo imposible
Y de mentiras se pobló mi frente.

Yo combatí con ánimo esforzado
Contra la saña de mi suerte adversa;
Pero en la lucha, atleta fatigado,
Sentí agotarse mi gigante fuerza.

Me presentó pensiles engañosos,
En su espejo ese mundo fementido,
Cual presenta cambiantes primorosos
Débil burbuja en su cristal fingido.

Yo también la ilusión vestí de gala
Del placer en los cármenes risueños,
Yo tambien de Jacob fijé la escala
Para subir al mundo de los sueños.

Soñé con la virtud cándidos lirios
Y quise, nécio, de ilusión beodo,
Subir á la región de los delirios,
Pero al querer subir, caí en el lodo.

Yo rebusqué sediento de placeres
De amistad y de amor las emociones,
Y turbas mil de amigos y mujeres
Vinieron á matar mis afecciones.

Al ver mis sentimientos chasqueados
Burlé yo mismo mi amoroso empeño,
Y ya no alcé castillos encantados
Sobre la base efímera del sueño.

De mi pobre ilusión asesinada
 Los restos profanó mi ánima impía;
 Porque el cadaver de mi fe burlada
 Alumbré con las luces de la orgía.

Y dí culto á ese mundo estrafalario,
 Y en mi gastada juventud inquieta,
 Vestido de arlequín subí al calvario
 Y empapé con mi llanto la careta.

En irritantes goces crapulosos
 Escarneciendo mi penar ingente,
 Hice cabriolas y tragué sollozos,
 Y lleno de ira divertí á la gente.

Mas penitente yá, sufro callando
 Y consumido de letal tristeza,
 Por la vía dolorosa voy cargando
 La ridícula cruz de mi pobreza.

Histrión á quien el mundo no perdona,
 Héroe de carnavales, mártir maldito,
 Un birrete de loco es mi corona
 Y por túnica llevo un sambenito.

Y nutrido de negras decepciones,
 Avergonzado en mi vejez, reniego
 Del enjambre de locas ilusiones
 Que acarició mi juventud de fuego.

Ilusiones brillantes halagaban
 A mi edad juvenil, que yo maldigo,
 Y sediento de gloria me agitaban
 Sueños de rey en lecho de mendigo.

Sofí en la gloria con delirio tanto,
 Fué tal la audacia de la mente loca,
 Que la gloria de Dios, único y santo,
 A mi osada ambición pareció poca.

Mas Dios abate mi soberbia rara,
 Y encuentro justa la expiación severa;
 Que si la gloria que sofí alcanzara
 Satanás vencedor acaso fuera.

Fué mi sueño una ráfaga ilusoria;
 No existe ese laurel que busqué loco,
 Que para darme mi imposible gloria
 El orbe es nada, lo infinito poco.

Para pedir la gloria que yo anhele
 Es débil, impotente la palabra;
 Que desván estorboso encuentro el cielo
 Do el pensamiento audaz se descalabra.

.....

Ya no me importa mi dolor presente,
 Ya no me importa mi dolor pasado,
 El porvenir lo espero indiferente. . . .
 Lo mismo es ser feliz que desgraciado.

Sólo ambiciono de fastidio yerto,
 Causado ya de perdurable guerra,
 Al acostarme en mi cajón de muerto
 Dormir en paz debajo de la tierra.